Fidel Castro y los intelectuales

Quienes fueron empollados por la gallina —sin gallo— del idealismo, creen aún en un secreto entendimiento de los dioses de la Fábula y el creador de belleza, a quien esos verdaderos concesionarios de la “inspiración” alzan por sobre el grosero mundo ‘materialista’, para identificarlo con los arcángeles celestes.

Empero, desde hace algún tiempo, ese “divino” ejercicio ha roto el cerco estupefacto, para mostrar el reverso de una realidad ardiente. Voces desgarradas se incorporan al debate, controvirtiendo, rechazando o reclamando la tuición sobre una “mercadería social”, que ya no pueden controlar las achacosas musas. Lo cabalístico, lo sobrehumano, lo irreal, van siendo trastrocados a medida que se incorporan al torrente social en ebullición, contradictorio, beligerante, preñado de exigencias. Y todo ello, particularmente, en las patrias del socialismo, en cuyas calderas se está forjando la imagen del hombre nuevo.

Hemos descrito antes los aspectos conflictivos previsibles en una etapa de reajustes entre el intelectual, por un lado, y el estado

socialista, por el otro. Esta pugna, estas fuerzas desajustadas, se expresan particularmente, excepcionalmente, o acaso más intensamente, en la interpretación de aquella parte de la superestructura que cubre el área subjetiva del arte. Los artistas e intelectuales han defendido sus prerrogativas de una libre expresión; el estado, tácita o explícitamente, la enagenación de ese derecho.

Ningún fundamento teórico, estético, o aun racional, avala ese intento de alienación de la autonomía creadora. Apenas alguna consigna, cierto enfatismo isócrono, y acaso brutal, encallecido a fuerza de repeticiones. Cimiento o argamasa demasiado pobres para una materia abstrusa, y que penetra incisivamente en dos vastos y complejos dominios: el de acaecer social-histórico —drama móvil que generan las fuerzas sociales en perpetuo devenir— y aquel otro relacionado con lo humano esencial, de lo que cada criatura no sólo es un representante, sino también una reserva, una síntesis irreductible, enriquecida, y a veces ennoblecida por la propia individualidad.

Ninguna teoría del arte, aun la más faraónica —cualquiera sea el motivo que invoque— podrá prosperar si olvida cualquiera de esos grandes lineamientos, inherentes al alma misma de la expresión. De otro modo,

el arte no haría sino saltar como un cojo por los caminos, y sus pasos estarían ineluctable y fatalmente contados.

¿Qué ha ocurrido, en verdad, con los camaradas chinos y soviéticos? ¿Cómo han podido cerrar los ojos ante tan estremecedoras evidencias? En la Unión Soviética, lo lo hemos dicho con anterioridad, existe todavía una burocracia monstruosa que aspira a sobrevivir, aunque fuere colgando como arañas, de algunas carcomidas vigas superestructurales, o en los arcaicos moldes contruídos contra toda objetividad histórica: en el fondo, una conjuración que incineró en sus raíces toda dinámica cultural, toda expresión libre, y que, sofrenadas, acumuladas, multiplicadas por si mismas, amenazan ahora con estallar por los cuatro costados. No hay duda: la realidad histórica recobra sus fueros, y ya los propios robots post-stalinianos —tan poco perspicaces, como siempre— lamentan que cuando hablan de realismo socialista, es decir de “su” realismo socialista sean objeto de escarnio de parte de los intelectuales soviéticos.

El liberalismo de Krushev, no ha cambiado las cosas, y, en el fondo, no pasa de ser un brochazo de cal sobre el sepulcro blanqueado de la burocracia. Mas, el propio Krushev se halla en el límite humano de quien, vaciado en los antiguos moldes, aca-

so no esté apto para sobreponerse a sí mismo en una materia que requiere, como sostenía Lenin, de especialidad, y a la que se asoma sólo cuando los fuertes movimientos en el océano del arte conmueven el sismógrafo de su edificio político.

Los chinos, pese a sus divergencias, bogan en aguas soviéticas en asuntos semejantes. Su canto de sirena —algo ronco, y asaz ingenuo— ofrece a los artistas el mundo metafórico de Mao (“que cien flores se abran y compitan cien ideologías”), olvidando, quizá no deliberadamente, que arte y pensamiento fluyen de orígenes distintos, configurándose de diferente y aún opuesto modo.

No negamos que el arte puede llevar algunas ideas, contenerlas de manera implícita, o accesoria, ideas que en el fondo son espectros de ideas, transformadas en materia artística en el vuelo elástico de las imágenes. En todo caso el arte no puede, o no debe ser elaborado a base de ideas. El verdadero arte no puede ser usado con fines pedagógicos.

Para ello existen otros caminos. Es querer meter en la jaula del canario a un águila. Sáquémonos del cráneo el compuesto arte-idea, arte-filosofía, arte lo que fuere, para darle al ARTE curso como unidad esencial, altamente concomitante, pero no compuesto, consubstancial con el mundo, pero no endeudado, roído, o jorobado por obligaciones

cuyo cumplimiento no puede asumir explícitamente sin ahorcarse.

Tomemos un poema, un cuadro, estrujémoslos, macerémoslos, pulvericésmolos, ¡y comprobaremos cuán escuálido sistema conceptual había en ellos!

Sobre un axioma moral, "ama a tu prójimo", por ejemplo, puede elaborarse un poema grandioso, una novela inmarcesible, una soberbia sinfonía. Pero, reducidos a conceptos, la novela, la sinfonía, el poema, pondrán sobre el tapete una cabeza de jíbaro, cuyo elementalismo resulta aterrador.

"Que cien flores se abran y compitan cien ideologías". ¿Cómo, si existe una sola gran ideología, cuya aplicación a la realidad no puede dar sino una respuesta justa? ¿Y las cien flores? Que se den con una piedra en el pecho si se abre una sola, porque la tesis del arte expresada a través del camarada Chou Yan, equivale a regar las flores con ácido nítrico. La libertad que ofrecen puede reducirse a esta imagen: meter a un sujeto en una caja de un metro cúbico, y manifestarle que tiene libertad para asumir la postura que le resulte más cómoda, correr, saltar y hasta hacer excursiones.

La historia revela un hecho cierto: ningún ardid, ninguna desviación, ninguna mentira pueden perdurar en el mundo del arte. Es inútil invocar pretextos, por altos que parez-

can. La historia es un caballo de hocico demasiado duro para ser arrancado de su propio camino y, por otro lado, no hay túnica que pueda cubrir la desnudez del arte, que nació desnudo. Basta con sentarse y esperar el crugir de dientes.

Es así que, ante el cuadro —momentáneo por cierto— que ofrecen los países socialistas, nos resultan tan reveladoras, tan leales y conmovedoras las palabras de Fidel Castro a los intelectuales cubanos.

Su discurso —conclusión y resumen de tres reuniones de escritores y artistas— si bien abarca generalidades, (no podía ser de otro modo), abre en nuestros ánimo ancho cauce a la hipótesis de que en América, este “continente estúpido” que definió el arisco Baroja, pueden darse las premisas para una nueva dimensión cultural. El líder americano esboza sus líneas primordiales, no sólo como revolucionario genuino, como humanista nato, sino con intuición que sobrepuja las posibilidades de todos y cada uno de los líderes revolucionarios de nuestro tiempo.

Con experiencia forjada en la lucha, sobre el dramatismo de los hechos en vertiginoso devenir, superando contradicciones, y dando a la realidad cada vez la respuesta justa; asediado en su isla paradisíaca por bribones nacionales y foráneos, Fidel Castro —hombre primitivo y genial, como dijo alguno— es

capaz de dar la respuesta social a los hombres de pensamiento, clara, libre, francamente, sin exponer a la personalidad creadora al molino rompedor con resoluciones arbitrarias, sin distorsiones abyectas, discutiendo como uno más, al tenor del tema y su trascendencia. No elude lo que considera esencial y honesto, planteándolo como hecho moral revolucionario, no como obligación, como problema de conciencia revolucionaria.

Ante el temor, expresado por algunos, de una posible sustracción en la suma de libertades, dice Fidel Castro: "Sólo puede preocuparse verdaderamente por este problema quien no esté seguro de sus convicciones revolucionarias. Puede preocuparse de este problema quien tenga desconfianza acerca de su propio arte; quien tenga desconfianza acerca de su verdadera capacidad para crear. Y cabe preguntarse si un revolucionario verdadero, si un artista o intelectual que siente la revolución, pueda plantearse este problema: es decir si la duda cabe para los escritores y artistas verdaderamente revolucionarios. Yo considero que no, que el campo de la duda queda para los escritores y artistas que sin ser contrarrevolucionarios no se sienten tampoco revolucionarios".

Está claro que el planteamiento confronta una escogencia ética, o, mejor aún, una identidad con el gran momento histórico. El

escritor, el artista revolucionarios, deberán dar una respuesta categórica. Viven "en el tajo de dos épocas". Los períodos de grandes transformaciones no ofrecen al intelectual honesto otra alternativa. ¿Cómo expresarán artísticamente su respuesta? Ese es un problema de talento, de genio personal, en que el creador revela su propia estatura.

No creemos que revoluciones de tan hondo sentido humano como la cubana, cercenen la lengua de los auténticos creadores. No. Basta con que no se les diga cómo "deben escribir", o pintar, o componer, porque la anguila de la sensibilidad y una genuina conciencia revolucionaria, sabrán encontrar su propio sendero, aun en el mar de las peores contradicciones.

Castro lleva clavado en su carne un hondo sentido de la libertad: "Yo tengo derecho a quejarme; alguien habló de que fue formado por la sociedad burguesa. y yo puedo decir que fui formado por algo peor todavía: que fui formado por lo peor de la reacción y que una buena parte de los años de mi vida se perdieron en el oscurantismo, en la superstición y en la mentira. Era la época aquella en que no le enseñaban a uno a pensar si no que lo obligaban a creer. CREO QUE CUANDO AL HOMBRE SE LE PRETENDE TRUNCAR LA CAPACIDAD DE PENSAR Y

RAZONAR, SE LE CONVIERTE DE UN SER HUMANO EN UN ANIMAL DOMESTICADO”.

Castro sabe que el verdadero revolucionario constituye una minoría. No pretende por tanto, torcer el cuello a los intelectuales no revolucionarios. Ni aun los critica. Al revés: aspira a aprovechar lo positivo que hay en ellos. No les niega el título de personas dignas y honestas, de personas bien intencionadas, cuyo lado positivo debe capitalizar la revolución. Espera ganarlos para ella. Muestra públicamente su preocupación por un escritor católico, “que estaba de acuerdo con la revolución en las cuestiones económicas y sociales”, pero a quien asalta el temor de no poder expresar su posición filosófica distinta a la de la Revolución. El líder cubano aspira a darle, una solución y una respuesta. “La Revolución tiene que comprender esa realidad, y debe actuar de manera que todo ese sector de artistas e intelectuales que no son genuinamente revolucionarios, encuentre dentro de la Revolución el campo donde trabajar y crear, y que su espíritu creador, aún cuando no sean escritores o artistas revolucionarios, tenga oportunidad y libertad para expresarse dentro de la Revolución. ESTO SIGNIFICA QUE DENTRO DE LA REVOLUCION, TODO; CONTRA LA REVOLUCION NADA”.

De todo los países socialistas del mundo,

acaso ninguno, como Cuba, tenga más derecho a imponer un arte de guerra. Lo autoriza su dramático destino. Su tendencia fundamental, no obstante, es concitar voluntades, ganarlas para la Revolución, porque ella aspira a que "todo el que tenga dudas se convierta en revolucionario". Sólo para aquellos que no están contra la Revolución, pero que tampoco están con ella, la Revolución significa un problema, así como ellos significan un problema para la Revolución, piensa Fidel Castro. Y busca resolverlo, porque "la Revolución sólo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios, que sean incorregiblemente antirrevolucionarios".

Tiene fe en el hombre. Ningún sistema que demuela su constitución básica, su dignidad viviente, tiene para él sentido. Millones de seres han sido inmolados en la cauda alucinada de superhombres, en los pétreos altares del culto a la personalidad. Dice de sí mismo: "...era el único entre mil a quien le podían pagar el colegio privado para que estudiara. Ahora, ¿por qué me voy a creer que yo era el más apto y el más inteligente entre los mil?" "Y el que se crea artista tiene que pensar que por ahí se pueden haber quedado sin ser artistas muchos mejores que él. Si no admitimos esto estamos fuera de la realidad. Nosotros somos privilegiados

entre otras cosas porque no nacimos hijos del carretero”.

La lengua noble de Fidel tal vez no tiene paralelo en nuestro tiempo. El revolucionario, el humanista —no el castrado “humanismo” de clase— conviven en él, tajante respuesta dialéctica a nuestro continente todavía algo bárbaro.

Pocas veces Castro, se muestra más clarividente que cuando toca el punto, ya bastante llagado, del acceso del arte a las masas. Su sola insinuación le pone por encima de todo el tortuoso galimatías elaborado por los monitores de la cultura “dirigida”. Discrimina con justeza, respetando los distintos niveles de expresión individual, sin arrastrar al creador al degolladero de la expresión “sencilla”, que suele ser sólo la expresión idiota. y concibe realidades diferentes en cada caso:

“...No quiere decir eso que el artista tenga que sacrificar el valor de sus creaciones, y que necesariamente tenga que sacrificar su calidad. Quiere decir que tenemos que luchar en todo los sentidos para que el creador produzca para el pueblo y el pueblo a su vez eleve su nivel cultural a fin de acercarse también a los creadores. No se puede señalar una regla de carácter general: todas las manifestaciones artísticas no son exactamente de la misma naturaleza, y a veces hemos

planteado aquí las cosas como si todas las manifestaciones artísticas fuesen exactamente de la misma naturaleza. Hay expresiones del espíritu creador que por su propia naturaleza pueden ser mucho más asequibles al pueblo que otras manifestaciones del espíritu creador. Por eso no se puede señalar una regla general, porque ¿en qué expresión artística es que el artista tiene que ir al pueblo y en cuál el pueblo tiene que ir al artista? ¿Se puede hacer una afirmación de carácter general en ese sentido? No. Sería una regla demasiado simple...

Y luego: "Y esto no quiere decir que quien trabaja para sus contemporáneos tenga que renunciar a la posteridad de su obra porque, precisamente creando para sus contemporáneos, INDEPENDIENTEMENTE INCLUSO DE QUE SUS CONTEMPORANEOS LO HAYAN COMPRENDIDO O NO, es como las obras han adquirido un valor histórico y un valor universal".

Y estas palabras finales: "Que cada cual escriba lo que quiera, y si lo que escribe no sirve, allá él. Si lo que pinta no sirve, allá él. Nosotros no le prohibimos a nadie que escriba sobre el tema que prefiera. Al contrario. Y que cada cual se exprese en la forma que estime pertinente y que exprese libremente la idea que desea expresar. Nosotros apreciaremos siempre su creación a

través del prisma del cristal revolucionario. Ese es también un derecho del Gobierno Revolucionario, tan respetable como el derecho de cada cual a expresar lo que quiera expresar”.

Muchos más quisiéramos citar, y mucho decir, pero nos engrilla la falta de espacio. Mucho sobre la Revolución Cubana, y su dimensión en el aire del mundo. El hombre americano comienza a vislumbrar las nuevas líneas de su rostro, en que a la palabra DIGNIDAD, tantas veces llevada al estercolero, no le falte ninguna de sus letras.

Hemos hablado de los problemas del arte, tal vez con cierto exclusivismo. Es sólo una de las grandes facetas en la vida de la humanidad, de la problemática del hombre, pero a la vez el arte ha sido nervio sensible en el engranaje de grandes sistemas económicos y sociales —de concepción superior— hacia el que resbala el hacha de una incomprensión que apenas comprendemos, o no queremos comprender.

A veces Arte y Libertad, parecen ser una sola y misma cosa...